

E. MIRET MAGDA LENA

Cincuenta mil Testigos de Jehová se han reunido en Bruselas para celebrar su Asamblea Internacional, congregando fieles de 40 países distintos. Y uno de los libros que han sido presentados como base del pensamiento de estos cristianos ha sido el titulado Verdadera Paz y Seguridad, publicado en inglés y en castellano por esta Asociación, con una tirada de dos millones de ejemplares sólo en la versión inglesa.

Podemos discutir de algunas de las interpretaciones que dan estos seguidores de la Biblia a ultranza, pero todos debemos reconocer que fomentan sinceramente, con la palabra y con su actitud, el advenimiento de una era de paz. Sus libros, sus discursos, sus reuniones familiares y sus asambleas masivas pretenden hacer ver a todos los que nos titulamos cristianos que el Evangelio no es un libro de violencia, sino un mensaje de paz.

Pero no se contentan con ello, sino que en su propia carne padecen por ser consecuentes hasta lo último con estas convicciones pacíficas. En España tienen en este momento doscientos noventa jóvenes objetores de conciencia que se encuentran en prisiones militares por negarse a hacer el servicio armado a la Nación.

Sin embargo, no son muy optimistas con la actitud que las religiones tuvieron acerca de la paz. Les pasa lo mismo que le ocurrió al agnóstico inconformista Bertrand Russell, quien creía que la historia del cristianismo no era una historia de paz, sino de crueldades, violencias y luchas enconadas de unos hermanos contra otros.

Con toda claridad se hacen esta pregunta: "Con toda la influencia que ejercen en centenares de millares de personas, ¿son las religiones del mundo una verdadera fuerza a favor de la paz y seguridad, o han contribuido al tumulto que existe en la Tierra? ¿Pudiera ser que realmente sea de ellas la mayor responsabilidad en cuanto a que la Humanidad se vea cara a cara con la destrucción mundial?". Y la contestación está representada para ellos en la actitud que los obispos católicos de uno y otro lado de las trincheras adoptaron en la primera guerra mundial.

Entonces, el Cardenal Amette, Arzobispo de París, decía a los soldados franceses: "Hermanos, el Dios Todopoderoso está a favor de nosotros. Dios está cerca de nuestros valientes soldados en la batalla, les comunica vigor y los fortalece contra el enemigo. Dios nos dará la victoria". Y del mismo modo, el Arzobispo de Colonia se dirigía a los soldados alemanes afirmando: "Dios está con nosotros en esta pelea a favor de la justicia. Os ordenamos, en el nombre de Dios, que peleéis hasta la última gota de sangre... Dios sabe que estamos a favor de la justicia y nos dará la victoria".

La lectura de estas frases históricas me recordaba una de las novelas de nuestro gran humorista gallego Wenceslao Fernández Flórez, quien ponía —esta vez en bro-

ma— frases parecidas en boca de los piadosos dirigentes de dos ejércitos contrarios. La diferencia, la trágica diferencia, es que nuestro escritor hablaba imaginativamente, pero, en cambio, aquellos obispos católicos hablaron en serio, dirigiéndose a hombres de carne y hueso que tenían el fusil en la mano.

Nada digamos de lo que pasó con la invasión de Etiopía por Mussolini. Hubo arzobispos que bendecían y alentaban de palabra y de obra, como el Cardenal Schuster, de Milán, a los soldados invasores del inocente país africano.

Y, sin embargo, estos mismos creyentes tan guerreros y tan violentos son los que aseguran que la palabra de Dios está contenida en la Biblia y que su Dios es un Dios de paz. En esa Biblia en la que el Dios hebreo Yahvé proclama que el ideal es "buscar la paz e ir en pos de ella" y "transformar sus espadas en rejas de arado", como transcribió el profeta Isaías.

LAS RELIGIONES, ¿FOMENTAN LA PAZ?

Lo cierto es que esta doctrina pacífica del Antiguo y Nuevo Testamento es predicada con tanta suavidad y, a veces, con tanta inconsecuencia, que nunca sabemos a qué atenemos los cristianos acerca de la auténtica doctrina de Jesús, si sólo la juzgamos por las palabras y los actos de muchos que pretenden dirigir a los cristianos. Siempre ocurre que muchos obispos transigen con los males violentos de nuestra época y de nuestro mundo, dando mil sutiles interpretaciones a las palabras tan claras del Evangelio y a las actitudes tan partidarias de la no-violencia que tuvo Jesús.

El resultado ha sido tan malo y la situación del mundo actual es tan caótica, presentándose el futuro cada vez más negro, que cada vez mayor número de dirigentes cristianos intentan esforzadamente dar marcha atrás por fin de esta complacencia trágica que han tenido con la violencia y con la crueldad de los hombres.

Yo aquí señalaría dos Papas y un Concilio como los exponentes más o menos claros, pero sinceros, de este nuevo deseo. El olvidado Papa Benedicto XV —el más valiente de todos—, en el año 1920, se atrevió a propugnar dos cosas muy importantes para el futuro de Europa y del mundo. Crear "una sola sociedad o familia de pueblos" que se ocupase de dos cometidos fundamentales: 1) Garantizar la independencia de cada país, y 2) la tutela del orden de la sociedad humana". En una palabra, crear una verdadera Liga de las Naciones que evitase la violencia guerrera entre las sociedades

y los países. Fue un propulsor entusiasta de la futura Sociedad de Naciones, que desgraciadamente fracasó.

Además, este Papa se atrevió a decir lo que hasta ahora no he visto claro en ningún otro Papa posterior: según él, habría no sólo que reducir los enormes gastos bélicos, sino llegar en lo posible a "abolirlos" para así "acabar para siempre con guerras tan mortíferas y tremendas".

Yo creo que ningún dirigente espiritual ha ido más lejos que este Papa, a quien ya nadie recuerda y que fracasó en sus intentos prácticos de acabar con la primera guerra mundial, por haberse adelantado a su tiempo.

El otro Papa fue Juan XXIII, que pretendió, en su encíclica Paz en la Tierra, sustituir la lucha armada por el diálogo entre naciones y grupos humanos, siguiendo la inspiración de aquel otro Papa cuya labor cayó en el olvido.

Por último, el Concilio Vaticano II dio paso a una nueva idea que todavía no habían recogido los anteriores Pontífices: "Que las leyes tengan en cuenta con sentido humano el caso de los que se niegan a tomar las armas por motivos de conciencia, mientras aceptan servir a la comunidad de otra forma". Era una llamada de atención a todos los países para que en su legislación aceptasen la objeción de conciencia al servicio armado al país, y lo hicieran no de manera cruel y dura, sino con pleno sentido humano, ya que estos esforzados profetas de la paz eran los mejores fautores de un porvenir más halagüeño para la sociedad de los hombres que el que vemos hoy.

¿Se ha dado algún paso posterior, por parte de la Iglesia católica y del cristianismo evangélico, para conseguir más concretas y eficaces soluciones a las ya esbozadas en estos Papas anteriores?

Así ha ocurrido gracias al excelente Documento del Consejo Permanente del Episcopado Francés, publicado conjuntamente con el Consejo de la Federación Protestante de Francia.

El 13 de abril de este año publicaron los dos grupos cristianos más importantes del vecino país esta nota conjunta sobre el comercio de las armas en el mundo actual. Ese comercio ciego e inhumano, cuya escalada va en aumento y contra el cual hasta ahora no ha sido eficaz ninguna medida, porque los intereses creados han sido más poderosos que los anhelos de paz de las palabras que los dirigentes mundiales dirigen a la muchedumbre silenciosa de los que vamos andando sencillamente por las confusas calles de nuestro mundo.

En un próximo artículo comentaré estas reflexiones que, por fin, han tomado en serio los dirigentes espirituales de la vecina nación, y que puede servir de ejemplo y pauta para todos y muy principalmente para nosotros, ahora que se está preparando el debate de las Cortes sobre objetores de conciencia. ■